

# FLORES AL SUR

Por JUAN GARCÍA GAYO

Fuente de mármol, en plaza de la Misericordia

Sólo un anacrónico fantasma o algún antiquísimo señor podría decir: "Hoy me fui a caminar alrededor de Flores/ entre viejos portones y tristes miradores", porque no existe más aquel remanso de casas bajas y de frutales, aquella isla unida al centro por el "Camino Real", la avenida Rivadavia. Ahora este recuerdo no es sino un modesto ejercicio nostálgico y el pueblo nacido en ese sector del pago de la Matanza junto a la iglesia de San José es la misma ciudad de Buenos Aires, uno de sus barrios con historia envuelto en el torbellino del crecimiento urbano. Hasta su división en Sur y Norte ha perdido sentido. Sin embargo, en otros tiempos se justificaba esa distinción. El Norte comenzó siendo el lugar del progreso, el rincón de las primeras quintas cruzadas por el ferrocarril. El Sur en cambio fue durante muchos años la zona del bañado, el camino de la aventura peligrosa, un poco el fondo de la casa opulenta y segura. El terreno mismo se curvaba en hondos zanjones, como los de las calles Lafuente y Membrillar, donde la lluvia formaba correntadas y barriales rumbo al bajo. Hacia ese sur torvo, en terrenos del actual parque Chacabuco, se hallaba la Fábrica Nacional de Pólvora, que todos llamaban el Polvorín, y que una explosión destruyó en enero de 1898. También estaba en el sur el matadero de San José de Flores, en la zona comprendida por las calles Culpina, San Pedrito, Juan Bautista Alberdi y Directorio. Y en el camino de Campana, es decir, en la avenida del Trabajo, la mejor cancha de carreras cuadreras daba ocasión a fiestas, comilonas y reyertas oblicuamente autorizadas por el comisario. El Sur se resistió más tiempo a dejar de ser campo, semiarrabal, y sus pulperías sobre el camino de Cañuelas —la avenida Alberdi— alimentaron la simplificada creencia en una zona brava, con hombres que ahora, para nosotros, comparten la tradición campera con la mitología borgeana. En Directorio 2355, es decir en el sur, cayó en 1940 el último rancho de Flores y

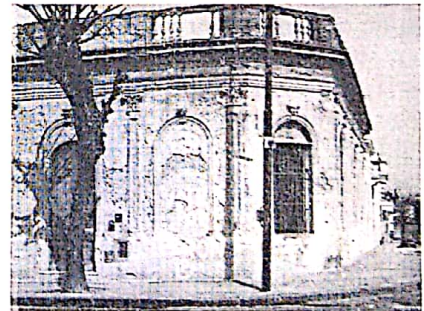
con él se marchó definitivamente el leve aliento de la pampa. Mucho antes había comenzado la agonía de las quintas. El palacio de Unzué estaba ocupado por un club de fútbol; de la chacra de los Segurola sólo quedaba —y queda— un hermoso pacará a cuya sombra don Saturnino, el médico de la familia, aplicó por primera vez en el país la vacuna antivariólica; la quinta de Marcone era ya templo de los católicos ucranios. Años más tarde, la casa de Francisco Murature y Rosa Viale, con con su enigmática galería circular en medio del parque y su curioso nombre, "La Moyosa", se convirtió en la plaza de la Misericordia, en homenaje al antiguo colegio de religiosas Lindero. Baldómero Fernández Moreno, vecino también del sur de Flores, le habló así a esa quinta disuelta en el silencio. "Moyosa, ¿quién te ha ceñido/ este cinturón de chapas/ que te cela y que te oculta/ a todas y a mis miradas?" Caídas las verjas y las chapas y la casa misma, quedaron araucarias y magnolias y una bella fuente de mármol blanco con su hilo de agua y sus gorriones. Y hoy van por los senderos estudiantes, niños, enamorados, ancianos. Ninguna otra quinta tuvo destino tan feliz. A una cuadra de "La Moyosa", en José Bonifacio y Lautaro, la casona de doña Eusebia Iturriaga Ortiz Basualdo de Roxas, ocupada por sus descendientes, los Lynch Garay, no tuvo la misma suerte. Sus salas atiborradas de grabados y porcelanas, la caballeriza oculta por la copa de un sauce enorme y la sala mayor junto a la capilla barroca fueron apagando discretamente su magnificencia, aventadas por la decrepitud y el olvido de una ciudad que no respeta sus escasas reliquias. Esta fue la última quinta de Flores Sur, demolida hace poco, y con ella se cerró otro ciclo donde se confunden recuerdos de tiempos bien diferentes.

Así, de pronto, un día descubrimos que los jardines habían huído; que el repartidor de leche no volvería a pasar a las cuatro de la tarde con sus dos vacas y sus terneros;

que las titubeantes melodías del piano eran partes de una minúscula leyenda; que no había más sillas de mimbre en las veredas del verano para la simple fraternidad y la contemplación de las estrellas; que era imposible la caminata por calles oscuras al amparo de la charla banal y deliciosa, entre olores de jazmín y ligustro; que, en suma, todo ese pequeño mundo había sufrido una metamorfosis honda, inevitable honda, inevitable, tal vez envilecedora.

¿Qué significa hoy hablar de Flores Sur o Flores Norte? Todo es una porción de la gran ciudad, un matiz enriquecedor de su fisonomía, un pretexto elegíaco. Y, sin lugar a dudas, este barrio actual de casas sencillas y rascacielos, de galerías comerciales, de avenidas ruidosas, de gente anónima y urgida por no se sabe qué prisa, prepara también su buen recuerdo, sus futuras nostalgias, sus melancólicos evocadores.

Esquina de Francisco Bilbao y Esteban Bonorino



Casa en Esteban Bonorino y Francisco Bilbao

